

conciencia de sí misma. El filósofo solitario, aislado, sin otro numen que su idea, la cual por completo le poseía, impulsaba al mundo con fuerza más lenta, pero de mayor eficacia que las fuerzas materiales. La naturaleza humana, estudiada en sus abismos más profundos; la idea del derecho definida y concretada en su fase más necesaria, el régimen republicano, proclamando el más idóneo para los pueblos cultos; la federación universal, reconocida como el organismo de la justicia y del derecho: la paz perpetua, prometida como resultado y consecuencia de todas estas ideas, daban á la revolución moderna una idea que en parte se ha realizado, y en su plenitud se realizará bien pronto. Y estas fórmulas no eran fórmulas de estadista ambicioso, de tribuno acalorado é impaciente, de convencional que las lanzara en medio de encrespada guerra extraña ó de profunda revolución interior, para despertar á su partido ó á su pueblo, no; estaban concebidas en el recogimiento y en el silencio, pensadas en plena independencia de todo interés, dichas y divulgadas por la humana conciencia. Dos hombres renovaban la política del siglo décimo-octavo, Kant y Rousseau, dos hombres de incalculable poder moral. Kant era filósofo y Rousseau artista; Kant anteponía el pensamiento al estilo, y Rousseau el estilo al pensamiento, Kant agitaba la conciencia del hombre, y Rousseau su sensibilidad; Kant engendraba las ideas progresivas que transforman todo espíritu, y Rousseau las pasiones exaltadas que transforman toda realidad; la vida del uno era tan tranquila y ordenada como sus fórmulas matemáticas; la vida del otro tempestuosa como la revolución; el alma del filósofo se dirigía siempre á herir, á manera del sol naciente, los altos de la ciencia, y el alma del artista, á manera de la nube tempestuosa, los hondos valles sociales, el corazón de las muchedumbres; Kant define el derecho natural que genera el hombre libre, y Rousseau el pacto político que genera los gobiernos republicanos; el uno es verdadero autor de la soberanía individual, y el otro verdadero autor de la soberanía popular; ambos representan en sus dos sistemas el pensamiento y la acción, el principio y la vida, el espíritu y el organismo, el alma y el cuerpo de esas revoluciones modernas, quienes, engendradas en los cielos altísimos de la Metafísica y divulgadas por el Verbo divino del arte, han de producir al cabo los Estados-Unidos de Europa, alzándonos desde los sangrientos abismos de la monarquía y de la guerra, tan crueles, á las regiones que pudiéramos llamar de luz perpetua, es decir, al triunfo del derecho, al goce de la paz.

La filosofía crítica debió tener y tuvo sus naturales consecuencias. La idea de la personalidad humana reconocida en toda su grandeza, exaltada en todos sus atributos, ebria de la propia substancia en la inquietud de su joven vida, en la ambición de sus pasiones, llegó á negar todo sér que no fuera su propio sér, y toda realidad que no fuera su propia realidad. Los cielos aparecieron á sus ojos como urdimbre del alma, semejantes á la tela que la araña tiende, al capullo que hila el gusano de seda. El Universo material desapareció á la embriaguez de la personalidad humana. La luz, reflejo era de nuestro etéreo

espíritu; las estrellas, condensaciones de nuestras innumerables ideas; los séres todos, organismos formados por las series lógicas de la razón emancipada. En la inmensa nube de polvo levantada por tantas ruinas, dibujábase tan sólo nuestra avasalladora individualidad con su conciencia en la frente, como sol de los soles. Y no podía suceder de otra suerte. Toda idea nueva tiende al absolutismo de su ser, tiende á borrar el límite, á suprimir la oposición, á creerse única en el Universo para vivir y bastante á resolver todos los problemas. Separado por la crítica todo cuanto hay de interno y todo cuanto hay de externo en el conocimiento, demandaba casi una necesidad dialéctica que el espíritu llegase á crear la vida su propia sustancia, la luz su propio reflejo, el Universo su obra. Por tal razón, es necesario juzgar los sistemas filosóficos, primero en sí, en sus principios fundamentales independiente de todo momento histórico: pero después en su relación estrecha con el tiempo en que nacen y con la totalidad de la filosofía que desarrollan bajo una de sus fases. El esclavo, el siervo del terruño, el vasallo, debía subir hasta hombre libre; hombre por la revolución que igualmente tocaba á la sociedad y á la conciencia. Para llegar á este resultado tenía que alzar su personalidad en absolutismo independiente de toda contingencia; y tenía que poner su derecho sobre todo derecho. Los reyes se divinizaron. En oposición á los reyes, el hombre libre se divinizó á sí mismo, se ungió con el óleo sacratísimo de su absoluta dignidad personal. Fué aquel un momento necesario en la sucesión de los tiempos y un principio lógico en la serie de las ideas. La metafísica de la libertad llegó á extremos erróneos, quizá en sí necesarios para la emancipación del espíritu humano en la totalidad de su sér, en la incomunicable entidad de su esencia. Negar todo cuanto se opusiese á la individualidad, atrevido era, mas sin estos atrevimientos no llegará jamás la victoria de una idea. El progreso procede por oposiciones radicales y absolutas. La religión niega toda filosofía racional, y la filosofía toda religión revelada. El filósofo prescinde del espíritu y el místico de la materia. Para el panteísmo del siglo anterior no había más que un sér con dos formas: extensión y pensamiento. La individualidad humana desaparecía en ese océano de la sustancia universal; la libertad quedaba reducida á fuerza mecánica del Universo. Para romper esta gran tiranía del panteísmo, Fichte forjó en sus sistemas el hombre, su individualidad, su personalidad, y declaró único ser real, y le puso la tierra por peana, el Universo por templo, donde todas las cosas eran modificaciones sucesivas de nuestra propia sustancia. Fichte personifica este instante del tiempo, esta fase del espíritu. Para él hay una ciencia que es respecto á la metafísica lo mismo que la metafísica respecto al sentido común, una ciencia de las ciencias. Esta ciencia necesita un primer principio inaccesible á la negación; indudable, evidente de toda evidencia. Este primer principio no puede ser otro que el principio: *yo soy*. Hé aquí la afirmación soberana, la base de todos los juicios, el fundamento incontrastable de toda ciencia, el primer principio de todo sistema, la tesis á la cual jamás podrá llegar en sus vapores la duda; *yo soy*. De

esta afirmación soberana, luego por juicios téticos, antitéticos y sentitéticos, deduce Fichte la existencia de algo opuesto al *yo*, de algo que tuvo realidad sólo por ser distinto del *yo*. Pero el *yo* quedaba dentro de todas las esferas científicas, número de todas las cosas reales, medida de todas las ideas posibles.

Filosofía tan audaz, engendraba general contradicción con el sentido común que se creía herido. Decíase que al concluir una conferencia, Fichte usaba esta fórmula extraña: «hoy hemos creado el mundo, mañana, señores, crearemos á Dios.» Asegurábase que en cierto convite, atrevido criado del anfitrión le quitaba los platos de delante, diciéndole: «Aliméntese el filósofo de su propia substancia.» Las señoras de Alemania contaban que Fichte, no creyendo en la existencia de ninguna personalidad que no fuese su propia personalidad, tampoco creía en la existencia de su propia mujer, tampoco creía en la realidad de madama Fichte. Los gobiernos se alarmaron y le persiguieron en las universidades. El gran pagano Goethe le reanimó por la franqueza con que formulaba sus ideas. Y sin embargo, Fichte era además de un grande filósofo, un gran carácter. Nacido en obscura mediana, educado en pobreza próxima á la miseria, conducido por el aguijón de la necesidad desde la libre Zurich á la opresa Polonia, sin tropezar, no obstante las dificultades y asperezas del camino, sin ceder en sus ideas bajo el látigo de sus opresores, prefiriendo á todo aplauso y á toda ventaja la religión de la filosofía, amando con amor casi místico la humanidad y sus progresos, vivió consagrado á despertar la conciencia de su patria en medio de los terrores de la revolución y de los desastres de la guerra, y murió entre los efluvios de la peste, al servicio del dolor y de la miseria, maestro de la moral, héroe del deber, mártir de la ciencia. A pesar de tantas exageraciones divulgadas sobre el individualismo de Fichte el inmortal filósofo decía que la idea de individuo se derivaba de las relaciones del hombre con sus semejantes. Para vivir en estas relaciones se necesita el derecho, condición indispensable á la individualidad. El ser racional no puede ni comprenderse á sí mismo, ni plantearse á sí mismo, sino como individuo, como uno de tantos seres racionales que en relación con él coexisten. Sensible, inteligente, activo, la naturaleza y la sociedad, el mundo externo con sus varios modos de ser le solicitan á la acción, á obrar sobre ellos como causa. La obediencia á esta solicitud es el fin del hombre, el cumplimiento de su destino. Los medios que necesita para cumplir este fin son sus derechos. Pero el hombre necesita reconocer, no sólo su existencia como persona y su derecho personal, sino su coexistencia con las demás personas y sus relaciones de derecho con las personas. Esta reciprocidad es fundamental en el derecho, porque sin ella, desaparecía la sociedad. El derecho es primitivo, coercitivo, político. El primero, el primitivo es aquel por cuya virtud el hombre se eleva á causa de su vida. Ninguna fuerza extraña debe compeler al hombre en el cumplimiento de su destino, mientras no desconozca ó vulnere el derecho de los demás. La actividad individual debe ser dirigida y regulada por la inteligencia. El derecho

coercitivo es el que tiene por fin mantener el derecho personal en todos, y supone un pacto entre los ciudadanos, y como consecuencia de este pacto la necesidad del Estado. El derecho político regula á su vez la voluntad común, la soberanía común. Esta voluntad común da las leyes. El Poder ejecutivo se encarga de su cumplimiento. El poder de vigilancia, que Fichte propone como un tribunado, como un eforado junto al Poder ejecutivo, se encarga de velar por el cumplimiento de las leyes. Cuando los encargados de ejecutar las leyes faltan á su encargo, los encargados de vigilar el cumplimiento de las leyes deben suspenderlos y convocar al pueblo. El respeto á la ley determina la forma de gobierno. Allí donde el pueblo no tiene ni idea ni sentimiento de legalidad, la forma de gobierno será necesariamente, sin que nadie pueda impedirlo de ninguna suerte, la monocracia. Pero donde el pueblo respeta las leyes, la forma de gobierno debe ser la República, única racional y justa. Todas estas consecuencias políticas derivanse inmediatamente de aquella filosofía consagrada á la exaltación del hombre interior, á la excitación de la conciencia. Dentro de nosotros mismos llevamos el ideal de la justicia, el código sublime del deber, y sólo se necesitan los esfuerzos de nuestra propia voluntad para que este código se cumpla, y con su cumplimiento se realice nuestra felicidad sobre la tierra.

Perfeccionando al individuo perfeccionaremos la humanidad, individuo superior, para quien los siglos son años; tardo, mas seguro en su progresivo crecimiento. Objetivar las leyes subjetivas de la razón, objetivarlas en todas direcciones y por todas las esferas; he ahí el destino supremo de la humanidad en la Historia. La serie de hechos sucedidos en cierto período de tiempo, tiene, como las progresiones matemáticas, razón común en la idea que los anima. Así, en cada época predominará un pensamiento general, consecuencia de la época anterior, premisa de la época subsiguiente. Nuestro tiempo, en medio de los eclipses de la razón, en medio de los desmayos de la voluntad, sólo tiene un fin: realizar la noción del derecho. Mas la humanidad cuenta edades varias en la sucesión continua de los tiempos, pues no se realiza en sólo un día la plenitud de la vida, que será la encarnación, la objetivación de la pura ley racional en la sociedad y en el mundo. Las edades humanas son cinco capitales: Primera, el hombre, encerrado en la naturaleza, como la semilla en la tierra, como el feto en las entrañas, tiene de la vida sólo despierto el instinto, de las facultades sólo en ejercicio la sensibilidad; y el universo se le aparece como poema viviente, y el fenómeno ó el hecho como milagro, y la ley como revelación, y el gobierno como divino patriarcado, edad llamada de la inocencia. Segunda: Poderosa autoridad externa, engendradora entre los horrores de la guerra, se eleva al despotismo y exige de la conciencia fe absoluta en sus principios; de la voluntad, ciega obediencia á sus mandatos; edad llamada con razón del advenimiento del mal á la tierra y de la caída en el pecado del hombre. Tercera: La autoridad es herida por la razón, que comienza á poseerse á sí misma y á declararse causa primera en la vida; los antiguos principios se quebrantan,

los dioses históricos se mueren, los altares y los templos se arruinan, la indiferencia hacia los principios generales y las ideas admitidas por el sentido vulgar reina; edad de transición, en que llega la sociedad á su madurez; el derecho á idea concreta. Cuarta: La razón eleva la ciencia á legisladora; la justicia, á soberana; edad del crecimiento en la perfección. Quinta: El ideal de la razón se define por completo; el derecho en su plenitud se realiza, la moral es la ley, el arte es el Verbo divino de todos los principios filosóficos, el mal, la sombra que huye, la libertad el medio único de cumplir la vida, el bien la finalidad universal de los seres, de las cosas, y el ángel de Dios desciende invisible de las alturas, con la luz increada en los ojos, con la espada de fuego en las manos, con el amor divino en el pecho, para lanzar de la tierra el pecado y devolverle por completo la pristina inmaculada pureza del Edén. La Filosofía de la Historia de Fichte da por fin á la vida el cumplimiento de los preceptos de la razón; y la Filosofía moral el cumplimiento del bien por desinteresados y puros motivos de conciencia; y la Filosofía política la conformación del derecho con nuestra personalidad, y de la República con el Estado; y la Filosofía estética, divino ministerio al arte, que ha de soterrar el mal con su vara mágica y ha de abrir los cielos de la razón; el sistema entero destroza á nuestras plantas con valor las pesadas cadenas del límite, y promete á nuestras esperanzas, sedientas de lo infinito, otro mundo purísimo, inteligible, del cual es como velo espeso, como tupido telón, ese infinito celeste espacio con todo su rocío luminoso de soles y de mundos. Pero la más elevada de las cualidades de Fichte se revela al considerar qué reacción tan poderosa ejerce su mente sobre la impureza de los hechos. La revolución francesa estalla, y con la revolución francesa nuevo espíritu se derrama por la conciencia del Hombre, nueva sangre por sus venas. Los caracteres apocados sólo ven de este hecho capitalísimo los desastres, el verdugo en acción incansable, la guillotina en ejercicio, la guerra por las provincias y las fronteras, los revolucionarios confundidos con los aristócratas en la carreta y bajo la cuchilla, el poder dictatorial en manos de aquella sombría irresponsable Asamblea, que se llamaba la Convención; el crimen de los Reyes agravado por el crimen de las muchedumbres. Pero Fichte ve alzarse de los hechos el vapor de las ideas; Fichte ve entre las lavas de la erupción, hoy hirviente, el fecundo abono de mañana; Fichte ve también, bajo la inundación de sangre, la cosecha de nuevos y más saludables principios, porque Fichte se inspira en algo inmutable y casi divino, en la voz de la razón y de la conciencia. Levantado sobre el escollo de su cátedra, bajo el rayo que hiere, entre las ráfagas del huracán, que todo lo trastorna, al rumor del oleaje embravecido y al grito de los naufragos ahogándose, opone la persuasión aprendida en su mente de que el mundo no se desquicia y se pierde, sino que se renueva y se anima. Su juicio sereno es el juicio de la posteridad. Su idea tranquila sube á los cielos y se baña en la aurora de lo porvenir, mientras el común de los hombres duerme y se arrastra en las tinieblas. Él había profundizado todo el espíritu humano, y había visto cómo

mo llegaba, por virtud de las nuevas ideas, á tener de su derecho plena conciencia. Y, por esta razón, mientras el curso de los acontecimientos corría con turbia corriente por el espacio, el curso de las ideas corría con corriente serena por su alma tranquila é iluminada, superior á las debilidades y á los errores del tiempo, como si, roto su matrimonio con el cuerpo, habitara ya las límpidas regiones de lo Eterno.

Mientras todos claman á una en Alemania contra la revolución, Fichte la estudia y la juzga. Para mejor apreciarla, plantea los problemas que se refieren: 1.º A la legitimidad de la revolución. 2.º A su prudencia. Los medios empleados por la revolución habrán sido más ó menos justos, más ó menos conducentes á reivindicar el derecho; pero nadie puede poner su legitimidad en duda, porque nadie puede negar con justicia jamás á los pueblos el derecho de cambiar su constitución política. Si este cambio trae males, ¿á quién deben imputarse? Difícil, imposible impedir que pueblos habituados á las tinieblas de hondo calabozo, no se dividan en partidos irreconciliables, y que divididos así, aun después de libertados, no se arrojen mutuamente al rostro, en pelea continua, los dispersos fragmentos de las antiguas cadenas. Por su triste educación, al desposarse con la libertad, le preguntará qué dote trae, como si la hubiera más rica y pingüe que la dignidad personal en los individuos y la justicia en la sociedad. Bajo estas consideraciones revuélvese airado Fichte contra quienes únicamente quieren dirigir al mundo por el régimen de la traición, como el saber humano por el criterio de la experiencia, cual si no hubiera en la razón puras leyes anteriores á todos los tiempos y principios, bajo cuyo poder se desvanece todo poder arbitrario é injusto. Si el hombre no ha de tener más libro que el libro de la Historia; si, porque ayer cayó en la esclavitud, ha de continuar en la esclavitud mañana; si el tiempo ha de hacer justo lo que declara eternamente injusto la conciencia, despojémonos de nuestra naturaleza, pidamos el suicidio moral, capaz de aniquilar hasta el alma; dejémonos de todo trabajo y todo esfuerzo por el bien; digámonos perdurables niños, siempre aprendiendo y jamás creando, desprovistos de toda facultad ó potencia original, y destinados á repetir perpetuamente los siglos que pasaron y perpetuamente á imitar las generaciones que fueron. La escuela histórica, los partidos históricos, para oprimirnos, dicen que en la Historia sólo se conoce al hombre. Error de los errores. Lo accidental de la vida humana, el fenómeno, el estado, la creencia de un día ó de un siglo, la institución fugaz, se conocen, á decir verdad, en la Historia; pero lo esencial, lo eterno, la naturaleza humana en sus fundamentos, en su virtualidad, el hombre tipo, que no cambia, que no se modifica, sólo puede conocerse, á decir verdad, en la ciencia de la razón pura, en la Filosofía, que nos da también la ley de nuestro derecho y los principios fundamentales de toda justicia. Pero los principios racionales son impracticables, según los empíricos impenitentes. Y la Historia, que invocan para todo aquello en que la Historia no tiene competencia, el derecho natural, la justicia natural, olvidanla, desconócenla, para todo aquello en que la Historia es compe-